

EL ESTMDAITE



NVM. 8

25 CTs.

**Número de homenaje al
Dr. Vasconcelos y a los es-
tudiantes mejicanos.**

SUMARIO:

José Vasconcelos.....	<i>Editorial.</i>
(Caricatura de BAGARIA)	
A los estudiantes españoles.....	<i>José Vasconcelos.</i>
La Universidad Mexicana.....	<i>Paul Carrancá.</i>
La influencia de la revolución en la vida intelectual de Méjico	<i>Pedro Henríquez-Ureña.</i>
Cómo habló Vasconcelos a los estudiantes desde el Ministerio.	
Nuevo organismo estudiantil.....	<i>J. de Azcárate.</i>
Saludo a los estudiantes chinos.	
Caminos. Verso.....	<i>J. M.^a Vela de la Huerta.</i>
PARAMO: Un té con pasteles. La provisión de una cátedra.	
AMÉRICA: Un ejemplo para nuestros estetas.	
NUESTROS HEROES: Matteotti.	
GAUDEAMUS!: El burro blanco, por <i>A. Torre Ruíz.</i>	
Linoleums de JULIO NUÑEZ.	
PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 3 Pts. TRIMESTRE:	
REDACCIÓN: DR. RIBSCO, 58, TRIPD ^o . (JARDIN).—SALAMANCA	

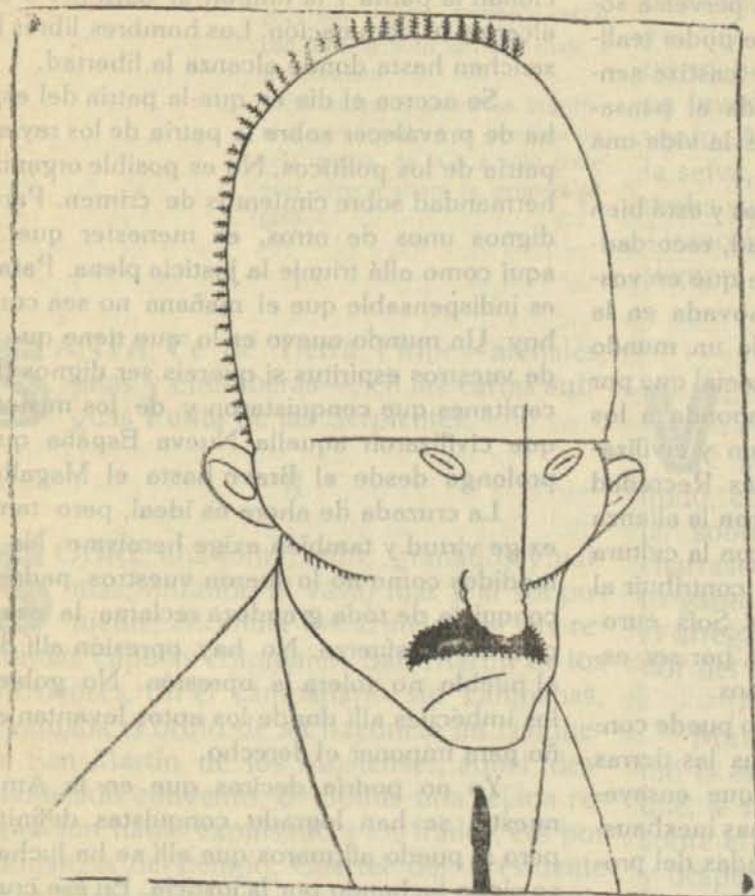
EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud escolar española.

SALAMANCA.

JUNIO 1925 / NÚM. 8.

JOSE VASCONCELOS



VASCONCELOS, VISTO POR BAGARIA

EL ESTUDIANTE dedica con este número un homenaje de rendida admiración al preclaro espíritu y a la obra insigne de José Vasconcelos, hoy huésped de España. Y en su persona saluda a la juventud intelectual de Méjico y a los bravos estudiantes mejicanos, que tienen en él uno de sus guías mejores.

Este egregio maestro, que viene a España en peregrinación alamosa de ideal, tras las raíces de una cultura que nosotros hemos dejado petrificarse como ruina arqueológica, representa acaso como nadie las luchas heroicas del espíritu de aquella nueva España juvenil de América por dar un asiento perdurable y sólido a su personalidad colectiva y a los grandes valores idea-

les de sus pueblos. Obra suya es la nueva Universidad Nacional de Méjico, hogar de humanidad pujante, donde, tras los azares de la revolución, se está forjando un pueblo y un Estado llamado acaso a grandes destinos. Y obra suya es también ese plan fecundo de cultura popular que, cubriendo de escuelas toda la nación, extenderá a las masas el espíritu que la universidad arraiga en los futuros directores. Desde la cátedra, desde sus libros y sus discursos, desde el Rectorado y desde el Ministerio, a donde le llevó la revolución triunfante de la nueva generación, Vasconcelos, con brazo de sembrador y de escultor de pueblos, supo ir encarnando en realidad el espíritu de la juventud que en él culminaba, fiel siempre a sus designios. Y su voz de maestro, de campeón de empresas ideales, es tal vez, en el presente, la más potente y sonora de toda la América latina.

Como Mario Sáenz, Vasconcelos llega hoy a España, a esta España exhausta de los tristes destinos, en hora propicia para que nuestra juventud, anhelante de un mañana mejor, recoja con cálido afán las enseñanzas de su alto magisterio. En estos momentos de palpitante alborear de un algo nuevo, sus acentos de hombre libre en que resuenan los de las juventudes libres de Hispano-América, índice luminoso de nuestros derroteros, y la ejemplaridad magnífica de su figura y de su obra, serán también poderoso aliento para el movimiento de resurgir de los estudiantes españoles.



VASCONCELOS A LOS ESTUDIANTES ESPAÑOLES

ME complazco en enviar un saludo a los estudiantes españoles por conducto de EL ESTUDIANTE. No represento a nadie, no soy más que una voz en el continente; pero una voz libre y un carácter que ha sufrido para mantener esa independencia de expresión; esa absoluta independencia que es indispensable para pensar y esa relativa independencia que tenemos que conquistarnos dentro de la perversa sociedad contemporánea, con el fin de poder realizar, siquiera sea en parte, la vieja y castiza sentencia que manda igualar con la vida el pensamiento; o más bien dicho, hacer de la vida una sierva del pensamiento más alto.

Jóvenes españoles, sois europeos y está bien que viváis con Europa, pero recordad, recordadlo, a menudo, que esa misma sangre que en vosotros hierva es la sangre que, renovada en la América, se enciende en el afán de un mundo espiritual nuevo, una organización social que por su generosidad y su infinitud corresponda a los territorios inmensos que descubrieron y civilizaron antepasados que nos son comunes. Recordad que esos mismos antepasados sellaron la alianza definitiva de las razas aborígenes con la cultura hispánica y que es vuestro deber contribuir al desarrollo indefinido de esa cultura. Sois europeos, pero además y principalmente, por ser españoles, sois también iberoamericanos.

El ímpetu del espíritu español no puede conformarse con el límite. Ya que todas las tierras están descubiertas, será menester que ensayemos ahora descubrimientos en las zonas inexhaustas del espíritu, en las etapas ilimitadas del progreso social.

Sacudid el peso de la tradición que gravita sobre España desde hace dos, desde hace tres siglos, desde el nefasto Felipe II, más aún desde el extranjero Carlos IV, hasta los días amargos del presente.

La América española no guarda rencor al pueblo español, porque junto con nosotros ha sufrido, porque nuestras penas y nuestros yerros han sido comunes. Haced vosotros, los jóvenes de hoy, que también sea común el esfuerzo ardiente de la libertad y el amor al progreso.

Seguir mirando al pasado, seguir tolerando el pasado, equivale a un suicidio. Ya es bastante con el mal que nos han hecho. Ya es tiempo de que la juventud pida cuentas al pasado y se imponga al presente. Recordad que fué de aquí mismo, de España, de donde surgió la figura heroica y vidente de Francisco Javier Mina, que no pudiendo imponer la libertad en España fué a luchar por ella a la Nueva España, con

el objeto de imponerla en seguida en todo el continente ibérico y en la misma España. Para Mina, el continente y la Península no eran dos patrias, extrañas una a la otra, sino la misma región necesitada de libertad y de justicia. Y Mina, que aquí fué declarado traidor, es allá entre nosotros Padre y Héroe, base de nuestra nacionalidad y guía de nuestro futuro. Los tiranos fraccionan la patria y la limitan al territorio a donde alcanza su dominación. Los hombres libres la ensanchan hasta donde alcanza la libertad.

Se acerca el día en que la patria del espíritu ha de prevalecer sobre la patria de los reyes y la patria de los políticos. No es posible organizar la hermandad sobre cimientos de crimen. Para ser dignos unos de otros, es menester que tanto aquí como allá triunfe la justicia plena. Para esto es indispensable que el mañana no sea como él hoy. Un mundo nuevo es lo que tiene que salir de vuestros espíritus si queréis ser dignos de los capitanes que conquistaron y de los misioneros que civilizaron aquella Nueva España que se prolonga desde el Bravo hasta el Magallanes.

La cruzada de ahora es ideal, pero también exige virtud y también exige heroísmo. No seáis medidos como no lo fueron vuestros padres. La conquista de toda grandeza reclama la exageración en el esfuerzo. No hay opresión allí donde el pueblo no tolera la opresión. No gobiernan los imbéciles allí donde los aptos levantan el puño para imponer el derecho.

Yo no podría deciros que en la América nuestra se han logrado conquistas definitivas, pero sí puedo afirmaros que allí se ha luchado y se sigue luchando por la justicia. En esa cruzada fecunda hace falta vuestro concurso. Cada vez que las libertades se ahogan en una región, la libertad peligra en el mundo. Cada acto de tiranía es un bofetón dado en el rostro de cada uno de los hombres. Estudiantes de España: La América de vuestra sangre está atenta, os acompaña en vuestro dolor y en vuestra esperanza y confía en vosotros. No entonará el canto de triunfo mientras vosotros no hayáis triunfado.

La raza entera se halla en peligro y el enemigo está en nosotros. No merece dominio mundano el pueblo que no impone valores morales. Ya casi no es hora de hablar, pero los ojos sí deben tenerse muy abiertos a la hora de la acción. Y los ojos se hicieron para mirar hacia adelante.

Nos daremos un abrazo el día de la libertad. El día en que los brazos que estrechan, sean brazos que libertaron.

JOSE VASCONCELOS

TIRANO BANDERAS

El jueguito de la rana

Novela inédita

por

D. RAMON DEL VALLE-INCLAN

El maestro DON RAMON DEL VALLE-INCLAN inicia su colaboración en EL ESTUDIANTE con este tributo de homenaje a Vasconcelos.

En números sucesivos seguiremos publicando esta preciosa novela inédita, de la que sólo podemos ofrecer ahora la primera página.

I

SANTA Fe de Tierra Firme—arenas, pitas y chumberas—, en las cartas antiguas Punta de las Serpientes.

II

SOBRE una loma, entre granados y palmas, mirando al vasto mar y al sol poniente, encendía los azulejos de sus rondas cúpulas coloniales, San Martín de los Mostenses. En el campanario sin campanas, levantaba el brillo de su bayoneta un centinela. San Martín de los Mostenses, aquel desmantelado convento, de donde una lejana revolución había expulsado a los frailes, era por mudanzas del tiempo, Cuartel del Presidente Don Santos Banderas.

III

EL Generalito acababa de llegar con algunos batallones de indios, después de haber fusilado a los insurrectos de Zamaipoa. Inmóvil y taciturno, agaritado de perfil en una remota ventana, atento al relevo de guardias en la campa barcina del convento, parece una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo. En el Perú había hecho la guerra a los españoles, y de aquellas campañas veniale la costumbre de rumiar la coca, por donde en las comisuras de los labios tenía siempre una salivilla de verde veneno. Desde la remota ventana, agaritado en una inmovilidad de corneja sagrada, está mirando las escuadras de indios, soturnos en la cruel indiferencia del dolor y de la muerte. A lo largo de la formación, chinitas y solda-

deras haldeaban corretonas, huroneando el tabaco entre las medallas, el centavo y las migas del faltriquero. Un globo de colores se quemaba en la turquesa celeste, sobre la campa invadida por la sombra morada del convento. Algunos soldados, indios comaltes de la selva, levantaban los ojos. Santa Fe celebraba sus famosas ferias de Santos y Difuntos. Tirano Banderas, en la remota ventana, era siempre el garabato de un mochuelo.

IV

VENIA por el vasto zaguán frailer, una escolta de soldados con la bayoneta armada, y entre las filas un roto greñudo, con la cara dando sangre. Al frente, sobre el flanco derecho, fulminaba el charrasco del Mayor Abilio del Valle. El retinto garabato del bigote, dábale un fiero resalte al arregaño de los dientes, que sujetan el fiador del pавero con toquilla de plata:

—¡Alto!

Mirando a las ventanas del convento, formó la escuadra. Destacáronse dos caporales, que, a modo de pretinas, llevaban cruzadas sobre el pecho sendas pencas con argollones y despojaron al reo del fementido sabanil que le cubría las carnes: Súmiso y adoctrinado, con la espalda corita al sol, entróse a un hoyo profundo de tres pies, como disponen las Ordenanzas de Castigos Militares. Los dos caporales apisonaron echando tierra, y guáso quedó enterrado hasta los estremecidos ijares: El torso desnudo, la greña, las manos con fierros, salían fuera del hoyo colmados de negra expresión dramática. Metía el chivón de la barba en el pecho, con furbo atisbo a los caporales que desceñían las pencas. Señaló el tambor un compás alterno y dió principio el castigo del chicote, clásico en los cuarteles:

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

El greñudo, sin un gemido, se arqueaba sobre las manos esposadas, ocultos los fierros en cavación del pecho: Le saltaban de los costados ramos de sangre, y sujetándose al ritmo del tambor, solfeaban los dos caporales:

—¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve!

La Universidad Mexicana.

Sí puede decirse, sin temor de generalizar equivocadamente, que en toda Iberoamérica la Universidad—profesores y estudiantes—es un centro de vida espiritual abierto generosamente a cuantas inquietudes conmueven el alma nacional; que la Universidad pugna por orientarlas reflexivamente, para lo cual, como primer paso, siembra en las masas juveniles altos ideales ciudadanos, más aún puede decirse otro tanto especialmente en punto a la Universidad Mexicana: fragua ardiente que, hoy como ayer, da soldados a todas las causas nobles. Como la Universidad Argentina—su hermana altísima, que le tiende la mano estrechamente por encima de los Andes y de los mares—la Mexicana tiene puesta la mirada en la vida nacional; pero no sólo eso: también en la de nuestro total espíritu y en la humana entera. Su lema es una síntesis profética: «Por mi raza hablará el Espíritu». «Mi raza» es la que cree en Cervantes y en Camoens; «el Espíritu», la nueva Humanidad que en nuestro seno convulso está gestando, con sangre y dolor, una cosecha ópima de verdades, todavía, a lo sumo, presentidas.

Fué siempre la Universidad Mexicana el órgano al que se encomendó la siembra, si se quería trascendental y perdurable, de las más ingentes revoluciones espirituales; cimiento de toda obra profunda y capital. Juárez confió a ella sus demoleadoras esperanzas antitradicionales y su constructiva fé en un México nuevo, libre de prejuicios, democrático, justo, fuerte, donde la Razón se señorease del último indio, haciéndole de él un ciudadano heleno. Su yunque y su martillo, fué el positivismo, la nueva religión; por la mano de Juárez habían sido vencidos todos los tradicionalismos, molde ya incapaz para contener el alma Mexicana, y al barrer con ellos el positivismo iba a dejar libre la luz de la razón crítica. Gabino Barreda fué en México el apóstol comtiano. Pero el positivismo de Barreda, al secar los viveros de la especulación desinteresada, materializó los espíritus, desaló los ideales, y acabó por ser el mejor aliado del General Díaz—«menos política y más administración»—, que también quiso levantar, con los ladrillos positivistas, «su» Universidad.

Pero desde mucho antes de 1910 se advirtió que en la Universidad Mexicana latía la universalidad; que el buho simbólico de la sabiduría no había apartado un momento su escrutadora mirada de la vida nacional; que la estudiaba, la trabajaba y vivía en ella. Un

grupo reformador se adueñó un día, por fin, de la Universidad. Su avanzada fué Antonio Caso, que desde 1909 dió impulso a la libertad filosófica. Se empezó desde la Universidad una labor fecunda que culminó en las manos sembradoras de José Vasconcelos. Y la Universidad fué entonces, más que nunca, una franca mirada al porvenir.

En las convulsiones políticas, de ella salieron soldados y propagandistas; en la paz, profesores de idealismo. Desorganizada, en medio de la improvisación que es la escuela del revolucionismo, ella siempre ha recogido la inquietud nacional para darle forma, y si no lo ha conseguido en toda ocasión es por la razón misma que hace que no quepa el océano en la acequia; los hombres que más se han preocupado por la Escuela—que en Iberoamérica son todos los que valen algo—han rendido a la Universidad, en México, sus mejores talentos y se han sacrificado a ella.

Por eso es la Universidad Mexicana la síntesis de las más puras inquietudes nacionales; de las más nobles y más justas.

RAUL CARRANCA Y TRUJILLO

Estudiante mejicano

Madrid, Junio de 1925.

Los artistas y escritores de Madrid han obsequiado con un banquete de calurosa simpatía al escultor argentino Fioravanti por el triunfo de su magnífica exposición. Ofreció la comida Julio A. del Vayo y hablaron Mariano de Vedia Ors y el embajador de la Argentina. «EL ESTUDIANTE» se asoció con fervor al homenaje



«La influencia de la revolución en la vida intelectual de Méjico.»

En uno de los últimos números de la "Revista de Ciencias jurídicas y sociales" que publica la Universidad y los Centros de Estudiantes de La Plata, estudia el prestigioso profesor Enrique Ureña, uno de los hombres preclaros de la generación de Vasconcelos, la obra fecunda de la revolución en la cultura mexicana. Tomamos de ese artículo los párrafos siguientes, para este número de homenaje a los bravos luchadores del espíritu triunfante de Méjico.

EL movimiento de la Revolución, que empieza en 1910 y se consolida en 1920, ha ejercido extraordinario influjo sobre la vida intelectual, como sobre todos los órdenes de actividad, en aquél país. Raras veces se ha ensayado determinar las múltiples vías que ha invadido aquella influencia; pero todos convienen, cuando menos, en la nueva fé, que es el carácter fundamental del movimiento: la fé en la educación popular, la creencia de que *toda* la población del país *debe* ir a la escuela, aún cuando este ideal no se realice en pocos años, ni siquiera en una generación.

Esta fé significa una actitud enteramente nueva ante el problema de la educación pública. No es que la *teoría* de la educación popular fuese desconocida antes. Al contrario: tan pronto como Méjico comenzó a salir, hace más de cien años, del medioevalismo de la época colonial, entró en circulación la teoría de la educación popular como fundamento esencial de la democracia. Fernández de Lizardi, el célebre «Pensador Mexicano», que murió en 1827, fué ardoroso campeón de la idea. Desde que la lucha de independencia terminó (en 1821) fué creciendo paulatinamente el número de escuelas públicas y privadas. Pero la educación popular, durante cien años, existió en Méjico principalmente como teoría: en la práctica, la asistencia escolar estaba limitada a la minoría cuyos recursos económicos le permitían no trabajar desde la infancia; entre los pobres verdaderos, muy pocos cruzaban el vado de las primeras letras.

Hay que recordar que hasta el comienzo del siglo XIX, la América latina, a pesar de sus imprentas, vivía bajo una organización medioeval de la sociedad y dentro de una idea medioeval de la cultura. Nada recordaba la Edad Media tanto como sus grandes Universidades (tales las de Santo Domingo, la de Méjico, la de Lima); allí, el latín era el idioma de las cátedras, la teología era la asignatura principal; el derecho era el romano o el eclesíástico, nunca el estatuto vivo del país; la medicina se enseñaba con textos árabes, y, de cuando en cuando, el regreso a Hipócrates significaba una renovación. Saber leer y escribir era, como en la Europa de la Edad Media, habilidad estrictamente profesional, comparable a la de tallar madera o fabricar loza. Según observa Charles Péguy, los pueblos protestantes comenzaron a leer después de la Reforma, los pueblos católicos desde la Revolución francesa. Así se comprende cómo hubieron de pasar cien años para que una nación se diera cuenta de que la educación popular no es un sueño utópico, sino una necesidad real y urgente. Eso es lo que Méjico ha descubierto durante los últimos quince años, como resultado de las insistentes demandas de la Revolución. El programa de trabajo emprendido por Vasconcelos de 1920 a 1924, es la cristalización de estas aspiraciones populares. De hoy en adelante, ningún gobierno podrá desatender la instrucción del pueblo.

El nuevo despertar intelectual de Méjico, como de toda la América latina en nuestros días, está creando en el país la confianza en su propia fuerza espiritual. Méjico se ha decidido a adoptar la actitud de discusión, de crítica, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera a la vez, encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original.

El preludio de esta liberación está en los años de 1906 a 1911. En aquel periodo, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de Méjico había vuelto a adquirir la rigidez medioeval, si bien las ideas eran del siglo XIX, «muy siglo XIX». Toda Ideología estaba predeterminada, no ya por la teología de Santo Tomás o Duns Escoto, sino por el sistema de las ciencias modernas interpretado por Comte, Mill y Spencer. El positivismo había reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XIX se consideraba definitivo. En la literatura, a la tiranía del «modelo clásico» había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura, en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado. El único camino era imitar a Europa. ¡Y qué Europa: la de los deplorables salones oficiales!

Pero en el grupo a que yo pertenecía, pensábamos de otro modo. Eramos muy jóvenes (había quienes no alcanzaban todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fué nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh, blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia Moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier*: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.

Bien pronto nos dirigimos al público en conferencias, libros (pocos) y exposiciones de arte. Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas... Nuestros mayores, después de tantos años de reinar en paz, se habían olvidado de luchar. En 1909, antes de que cayera el Gobierno de Díaz, Antonio Caso fué llamado a una cátedra de la que es hoy Universidad Nacional, y su entrada allí significó el principio del fin. Cuando Madero llegó al poder, en 1911, los principales representantes del antiguo pensamiento oficial —que eran en su mayoría personajes políticos del «antiguo régimen»— se retiraron de la Universidad y su influencia se desvaneció...

Desgraciadamente, eso no quería decir que al primer triunfo político de la Revolución (1911) se modificara y adoptara orientaciones modernas el mundo universitario de Méjico.

co, ni menos la vida intelectual y artística del país en su conjunto. El proceso hubo de ser más lento. Las actividades de nuestro grupo no estaban ligadas a las de los grupos políticos, y no había entrado en nuestros planes el asaltar las posiciones directivas en la educación pública. Sólo habíamos pensado, hasta entonces, en la renovación de las ideas. Habíamos roto una larga opresión, pero éramos pocos y no podíamos sustituir a los viejos maestros en todos los campos...

Poco después, afortunadamente, tuvimos ocasión de dar nuevo impulso a la actividad universitaria. La Universidad no gozaba del favor político y carecía de medios para organizar los estudios de ciencias puras y de humanidades. En 1913, el doctor Chaves, hombre del «antiguo régimen» que ha vivido en esfuerzo continuo de adaptación a tendencias nuevas, se echó a buscar el concurso de hombres avanzados, dispuestos a trabajar gratuitamente en la organización de la Escuela de Altos Estudios; la mayoría de los profesores la dió entonces nuestro grupo y así nacieron, con éxito resonante, los cursos de humanidades y de ciencias.

Nuestro grupo, además, constituido en Ateneo desde 1909, había fundado en 1911 la Universidad Popular Mexicana, en cuyos estatutos figuraba la norma de no aceptar nunca ayuda de los Gobiernos. Esta institución duró diez años, atravesando ileso las peores crisis del país, gracias al tesón infatigable de su rector, Alfonso Pruneda, y contó con auditorios

muy variados: entre los obreros difundió, en particular, conocimientos de higiene; y de sus conferencias para el público culto nacieron libros importantes, de Caso y de Mariscal entre otros.

Entretanto, la agitación política que había comenzado en 1910 no cesaba, sino que se acrecentaba de día en día, hasta culminar en los años terribles de 1913 a 1916, años que hubieran dado fin a toda vida intelectual, a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina. Mientras la guerra asolaba al país, y hasta los hombres de los grupos intelectuales se convertían en soldados, los esfuerzos de renovación espiritual, aunque desorganizados, seguían adelante. Los frutos de nuestra revolución filosófica, literaria y artística, iban cuajando gradualmente. Faltaba sólo renovar, en el mundo universitario, la ideología jurídica y económica, en consonancia con la renovación que en estos órdenes precisamente trazó la Revolución. Hacia 1920 se hace franco el cambio de orientación en la enseñanza de la sociología, la economía política y el derecho. Esta transformación se debe a hombres todavía más jóvenes que nosotros, hombres que apenas alcanzan ahora los treinta años: Manuel Gómez Morán, Vicente Lombardo Toledano, Daniel Cosío Villegas, Alfonso Caso, Daniel Quirós y otros.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA



Un saludo fervoroso a los estudiantes chinos

Sabemos que los estudiantes de Madrid han telegrafiado su más ferviente adhesión a la juventud universitaria china, perseguida y sojuzgada por el imperialismo de los que hasta ahora sólo han visto en el vasto pueblo oriental un objeto de tráfico. También nosotros hacemos constar aquí nuestra solidaridad de espíritu con aquellos nobles estudiantes y con sus maestros que,

fieles a la misión de la verdadera Universidad, luchan juntos en las calles por la libertad de su pueblo. En el resurgimiento de la nación china, que se inicia pujante después de un sueño de siglos, cabrá una parte muy principal de gloria a esta generación de profesores y de estudiantes en quienes el cerebro del «sabio» no ha enervado el puño del hombre.



Cómo habló Vasconcelos a los estudiantes desde el Ministerio de Instrucción

«¡Dichosa la juventud latinoamericana, que llega a la vida cuando se sientan las bases de un nuevo período de la historia del mundo! Necesitará sanear el ambiente, para que la vida se desarrolle vigorosa y libre; necesitará acabar con el soldado y el clérigo, para que no sean otra vez influencias extrañas las que la liberten. Necesitará implantar la justicia para que no se produzca aquí una nueva barbarie, sino una verdadera civilización».

* * *

«La sociedad en que se vive, generalmente, representa lo que ya ha pasado: el espíritu, en cambio, vive en perpétuo mañana. Sólo rompiendo abiertamente con el medio contemporáneo, podremos alcanzar progreso... Para los jóvenes no puede haber dos partidos; para los jóvenes no hay más que un partido: el avanzado. Los jóvenes que no sienten el impulso de la reivindicación generosa e inmediata, no fundan patria ni conquistan gloria.

Yo he visto la multitud estudiantil argentina en el Plata y en Córdoba proclamando libertad y justicia. Yo he visto los gritos ásperos, de noble afán contenido, de la juventud chilena; y los brasileños y los mejicanos y todos estamos unidos en el mismo

empeño. Y el día que todos estos propósitos se vuelvan acción en manos de la juventud, el pasado se derrumbará para siempre».

* * *

«Queremos que lo excelso se cumpla también aquí abajo y tachamos de impostor a todo el que levanta, impotente, las manos al cielo, en vez de usar los puños para corregir la injusticia...».

* * *

«La maldición de la vida colectiva resulta del contraste de la pereza de los que no trabajan y la esclavitud de los que trabajan tanto que el trabajo material les consume la capacidad de la meditación y la alegría».

* * *

«Nadie puede explicar qué es lo que vienen a hacer sobre esta tierra maldita los millares de seres que nacen a diario para padecer y morir sin dejar huella».



LOS POETAS

CAMINOS

11

*Luz de juventud. Temprana
luz que anuncia un nuevo día:
claridades de un mañana
pleno de fé y rebeldía.*

*Camino recto de normas
sin las sombras de un dilema.
Hay que romper viejas formas
de todo arcaico problema.*

*Y ser sincero y ser fuerte,
sin cansancio y sin fatiga.
Y no fiar en la suerte
que suele ser mala amiga.*

*Y en el camino, avanzando,
dar hacia el azul la frente;
laborando... laborando...
y el pensamiento hacia Oriente.*

*¿Dónde están las profecías
del Bien y de la Verdad?
—Camino de Epifanías
que guía su claridad.—*

*¡Promesa de amanecer!
¿Despertar? ¿Renovación?
...Conciencia de vida, y ser,
sin materia, corazón.*

*El otro camino, el viejo,
por la rutina trillado:
El del ancestral cortejo,
"del prejuicio," y "lo ordenado,"*

*Fácil camino seguido
sin lucha ni menoscabo;
desde el dócil al válido,
del mercenario al esclavo,*

*Reata obediente y callada
al índice imperativo,
huera de ideal, castrada,
de estéril vivir pasivo.*

*Y que en su esterilidad
lo rinde todo al favor...
Y vende su dignidad,
y negocia con su amor.*

*Sendero que vá seguido
al logro de un ruín afán.
Llano camino emprendido
que lleva "al cajón del pán,"*

*¡Tristeza de otardecer!
¿Decrepitud? ¿Desaliento?
.....
Afán de vida y no hacer.
Bostezo y acorchamiento.*

JOSÉ M.^a VELA DE LA HUERTA.

Valladolid-Junio 1925.



Un té... con pasteles.

Esta vez la paramera es un salón elegante. Un salón de hotel. Pulidas casacas; pecheras relucientes; retórica oficial. Hispano-americanismo de academia; vejez; ñoñería; ficción granjeada. La voz de la juventud no ha querido cruzar otra vez más la cancela de la mentira y ha visto desde lejos pasar el cortejo de los figurones como bandada de grajos que han levantado una presa.

Ahora el cordón sanitario ha sido más cerrado y más cuidadoso. Había un cercano precedente adiestrador. Y se sabía que esos aires colados del espíritu libre de América podían ser peligrosos para nuestro pecho enteco de tuberculoso y convertir en agitado oleaje las aguas estancadas de nuestra juventud. Para evitarlo, se convocó a toque de trompeta el consejo de los doctores graves y sesudos. Era necesario templar la ráfaga de aire huracanado, demasiado fresco para nuestros pulmones un poco débiles, haciéndolo pasar por la paramera de aquel salón de té. Pero... Que también el té, un acto de suyo tan plácido, puede tomar un tinte de tragedia, lo saben los que han leído al delicioso Heine de los «Baños de Lucca». Sí, también hay tés trágicos, en que las pastas... o los pasteles tienen el gusto amargo del pan de munición...

Contra la prescripción de los viejos doctores de la Academia, conminatoria como una ordenanza, el aire ultramarino libre y puro, demasiado fuerte en esta ocasión para dejarse confinar entre las paredes de un salón, entrará como un recio llamamiento a la vida en el cuarto del enfermo. Del enfermo imaginario, que no tardará en incorporarse para pedir cuentas a sus ayos y a sus curanderos.

Un té en el páramo. Pero el páramo ha tenido esta vez un oasis redentor. Un oasis con recios árboles copudos y con aguas bravias de sierra. A su vera ha brotado una flor muy rara en el páramo, casi legendaria: la virilidad. ¡Vitor, maestro don Ramón del Valle-Inclán, el de los nobles gestos de la raza! La juventud estudiantil le recibe a usted como camarada en las cumbres de su Aventino y toma por bandera, frente a las negras levitas del cortejo, su gallarda capa española; una capa hermana de aquella en que el gran Somoza envolvió como en un sudario el cadáver de la Libertad por los tiempos del séptimo Fernando.

La provisión de una cátedra de Medicina en Madrid.

En los periódicos profesionales y en algunos diarios, se ha hablado mucho estos días de un asunto que, de suyo y por su trascendencia de principio, afecta hondamente a los inte-

reses de la clase escolar. Se trata de la provisión de la cátedra de otorinolaringología, vacante en la Universidad de Madrid, y se discute si un maestro de capacidad probada e indiscutible, de relieve universal en esa disciplina, el Dr. Tápia, cuya personalidad científica culminante, refrenda casi unánimemente el claustro de la Facultad, ha de necesitar pasar por el tamiz bochornoso y grotesco de unas oposiciones para alcanzarla. El solo hecho de que tales cosas puedan discutirse, basta ya para revelar el triste estado de la Universidad española y de nuestra opinión científica e intelectual.

Entre la ciencia viva y fecunda de fuera y las aulas universitarias, se levanta como un muro medioeval la «real orden» y la covachuela y ese ridículo juicio de Dios de las oposiciones, que si, en muchos casos, puede ser garantía mecánica contra posibles arbitrariedades (o sustitución de unas por otras) en casos como éste es absurdo e inadmisibles.

Para maestros como el Dr. Tapia y para cuantos vengan a ella demostrando una capacidad efectiva y una noble vocación de magisterio, la Universidad debe tener sus cátedras abiertas libre y acogedoramente, sin ridículas trabas burocráticas, que solo demuestran el odio de los de arriba al aire libre de la ciencia y a la competencia real.

Los profesores y los estudiantes, los ciudadanos de la propia Universidad, son quienes deben elegir a los que han de enseñar desde sus cátedras.

Y el Dr. Tapia, en este caso tiene consigo la opinión del claustro (salvo las excepciones inevitables y hasta necesarias) y el clamoroso voto estudiantil.

Si por argucias de covachuela no es para él la cátedra, será un maestro más que nos robarán.

«M. Bergeret, hundido en un libro infolio, pronunció lentamente estas palabras:

«Solo una infima minoria de gentes cultas se ponía del lado de la libertad. El clero en masa, los generales, la plebe ignara y fanática pedían un amo.»

—¿Qué decis? preguntó M. Mazure, asustado.

—Nada, respondió M. Bergeret Estoy leyendo un capítulo de la historia de España. La pintura de las costumbres públicas al restaurarse el trono de Fernando VII.

ANATOLE FRANCE, L'anneau d'amétiste, pg. 152.



NUESTROS HEROES

MATTEOTTI

Hace unos días se renovó en el mundo entero, al cumplirse un año de su asesinato, la protesta contra este nuevo crimen de la tiranía y el homenaje a la memoria, ya consagrada, del martir italiano. Su espíritu y el espíritu de su hecho heroico y el de la causa de libertad y de justicia social a que ofrendó su vida siguen vibrando como en la primera hora de la repulsa universal y clamorosa que provocó el crimen. Y el luchador asesinado ha vencido del tirano homicida, porque la voz del muerto sigue resonando como un imperativo irreductible de justicia bajo la opresión.

El asesinato de Matteotti «por razón de Estado» es altamente ejemplar y revelador para quien quiera conocer los métodos de una dictadura cuyo poder descansa en el reclutamiento de hordas armadas, al margen de toda ley y de toda responsabilidad.

Matteotti, diputado socialista menos complaciente que los bien acomodados de otros países, era incompatible con un régimen de exaltado despotismo. Se le temía por su energía indomable, por su inflexible voluntad de lucha y se le temía sobre todo por su documentación; porque en sus manos había hechos secretos y reveladores, fatales confidencias que era necesario hacer desaparecer a todo trance. Es la vieja y eterna historia de las tiranías. Pocos días después de pronunciar en el Parlamento un violento discurso antifascista; y cuando se disponía a seguir dando a la luz las tenebrosidades de la dictadura, es secuestrado una tarde, en pleno día, en una plaza pública de Roma, por cuatro sayones que en un automóvil se lo llevaron al suplicio y a la muerte. De los varios testigos de esta escena, ni uno sólo previene a la policía. Veinticuatro horas después, la mujer del diputado denuncia la desaparición.

Las pesquisas comienzan. Primero, insensiblemente. Luego, ante las insistencias y la emoción de la Cámara y del país, con aparente intensidad. Aparece el automóvil y es detenido uno de los asesinos, un fascista, «amigo» de la intimidad de uno de los cuatro directores del partido, el siniestro Rossi, jefe del Gabinete de prensa. Se descubre que el automóvil fué facilitado

por otro conspicuo, al director del *Corriere Italiano*, el más importante diario fascista, y que pertenece al servicio oficial del ministro de Gobernación. Fugas, dimisiones; algunas detenciones sobre el papel. El asesino Dumini se jacta de haber llegado a la docena de crímenes y amenaza con hacer revelaciones de sus poderdantes.

La emoción es vivísima en toda Italia y trasciende al mundo entero, un poco apagada en aquellos países que viven también en régimen de opresión. El sitio en que Matteotti fué secuestrado, se cubre un día y otro, incesantemente, de flores y coronas. Al fin se descubre el cadáver, por los esfuerzos incansables del partido que logra encontrar las huellas, y su estado revela la crueldad y la barbarie sádica de los asesinos.

Encima de este panorama de horror, la sombra, el silencio, la impunidad; el aire de vida de todo despotismo. Y como el régimen no descansa en la opinión, en la voluntad social, sino en la violencia de las hordas armadas, el hecho espantoso que debía haberlo sepultado en el odio del país, remacha su supremacía y echa un nuevo eslabón a la cadena.

El hombre quitado de en medio se convierte en un dios, en un martir mitológico y legendario. Pero los dioses no estorban mucho a los tiranos, que sólo temen a los hombres. Por eso la dictadura italiana pudo oír con absoluta indiferencia aquellas palabras ardientes de Turati, que hablaban desde el Parlamento a la conciencia de los hombres libres: «Matteotti no es un muerto, no es un vencido, no es un descartado. Está aquí, entre nosotros, presente y luchador. ¡Su espíritu es acusador, vengador y juez!» A los gobernantes del momento les bastaba que con el cadáver de Matteotti se echase tierra a las temidas revelaciones sensacionales, a aquellos descubrimientos (nombres y hechos) de altas personalidades fascistas de banqueros y tahures, interesados en fantásticos negocios petrolíferos y en la explotación de casas de juego y de otros lucrativos flujos.

El sacrificio de Matteotti es el de nuestro Layret, el de cuantos pretenden mantenerse dignos, con una dignidad de acción y de lucha, entre las sombras de una tiranía. Su martirio y su nombre redimirá a la Italia fascista y al mundo oprimido de esta triste época fugaz.



NUESTRO «Panorama espiritual» se ha refugiado hoy en «América». Y en este vasto panorama del espíritu de que es ahora vigoroso primer término, de paso por el páramo español, la figura de Vasconcelos, hay alentadoras perspectivas ideales que quisiéramos reflejar aquí como fondo a la silueta de este hombre ejemplar. En la vida de los pueblos, como en el paisaje, las grandes figuras de primera línea no adquieren su verdadero relieve y significación si no se proyectan sobre la cadena de sucesos que son como el fondo de la perspectiva. Este fondo difuso que acaso se condensa y culmina en ellos o acaso los hace resaltar por recio contraste de negación o de protesta. Los grandes campeones del espíritu de la actual América Latina, inquieta de idealidad y escrutadora febril de un mañana mejor, estos guías luminosos que vienen a llamar reciamente a la vida a nuestra triste juventud, cargada con la tara hereditaria de varias generaciones de fracasos y de impotencias y claudicaciones, traen con sus enseñanzas los frutos de una savia de intelectualidad fecundadora que corte por lo mejor y más noble de su pueblo.

Aquellas minorías intelectuales, que no se contentan con ser los «equipos selectos» de un sport de estetismo o gaya filosofía, saben muy sentir certeramente su misión de guardadoras de los bienes más altos de su pueblo. Y este ejemplo es el que queremos brindar ahora, al calor de la presencia de Vasconcelos, a nuestras misérrimas tertulias de «intelectuales», que, incapaces de toda acción o de todo sacrificio, dormitan murmuradores sobre los divanes de los casinos y de los cafés. De esta casta de «intelectuales» dormilones y «polimomios» a que ha venido a parar la romántica «generación del 98», habrá de huir y ya está huyendo asqueada nuestra juventud. En sus nuevos derroteros habrán de seguir la llamada apremiante de los maestros de América y de las generaciones juveniles que en aquella tierra generosa no han olvidado todavía los deberes sagrados de espíritu.

Todos los días llegan a nuestro pobre páramo ecos de sus luchas ardorosas por los hondos ideales de los pueblos. Ecos que se pierden entre el vano cuchicheo de las tertulias casineras de nuestros [intelectuales] o en el frío silencio despectivo de los templos de nuestros estetas.

Bajo los auspicios de la prestigiosa revista «Nosotros», se han agrupado, en la Argentina, un grupo de intelectuales (aquí sin comillas), universitarios y estudiantes, constituyendo una «Unión Latino-Americana» para defender y alen-

tar los más altos bienes de la vida colectiva. Es —dice el periódico «Renovación», que nos informa de este hecho memorable— una alianza espiritual de las izquierdas removedoras, libres de todo contacto con los partidos políticos que militan en las contiendas electorales. A pesar de lo cual —o tal vez por razón de ello— sus fines son altamente políticos. Su programa es una garantía de que la agrupación «no degenerará en un cenáculo de literatos maldicientes o desocupados» (ni la española, podríamos decir nosotros). Los fundadores han pensado —añade certeramente el informador— que los hombres se reúnen para hacer algo que les interesa y no para discutir lo que les interesaría hacer. Entre los primeros afiliados figuran nombres tan insignes como los de Alfredo Palacios, Ingenieros, Carlos Amaya, Sánchez Viamonte, Sanguinetti, Julio V. González...

Entre los postulados del programa alrededor del cual se agrupan estos hombres de idealidad para una acción común hay afirmaciones, como las siguientes, que no queremos dejar de traer aquí:

La «Unión» ha de «desenvolver en los pueblos latino-americanos una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales, fomentando toda renovación ideológica que conduzca al ejercicio efectivo de la soberanía popular y combatiendo toda dictadura que se oponga a las reformas inspiradas por anhelos de justicia social».

La «Unión Latino-Americana» proclama su adhesión a los principios democráticos y se reafirma en ellos; propugna la «nacionalización de las fuentes de riqueza y la abolición del privilegio económico», la «lucha contra toda influencia de la Iglesia en la vida pública y en la educación», la «extensión de la educación gratuita, laica y obligatoria y la reforma universitaria integral».



EL ESTIMATE

Semanario de la juventud escolar española.

SUSCRIPCION: 3 PTAS. TRIMESTRE

Los pagos, por Giro Postal, al Administrador, Veracruz 1.º, 26, izqda. Salamanca.

GAVDEAMY!

EL BURRO BLANCO

*He aquí el burro blanco:
serio, grave, solemne,
con sus orejas anchas,
sus grandes ojos
meditabundos
y el pelo en el testuz rizado y grifo
como una borla doctoral.*

*El burro blanco, inacabablemente,
alza a compás su pata indiscutida
y, siempre por el borde del camino,
avanza... avanza... avanza...*

*Tal vez ocurre que en la paz eglógica
del valle los caminos se entrecruzan
y las veloces máquinas
que pasan trepidando
y los corceles de cabeza erguida
y ojos inquietos y los peatones
que avanzan fatigosos,
se detienen y dudan y no saben
qué camino seguir.
El burro blanco sigue
su camino apodíctico y no duda.
El es—grave y eterno—la verdad.*

*No le obligueis a caminar un hora
por medio de la ruta,
por donde va la vida
inquieta, tormentosa, eternamente
renovada y febril.
El burro blanco odia el deseo
y el jadear sonoro del deseo.
Su ensueño es apacible
y tibio y penumbroso,
como el amado establo en que sesteá.
Dejadle con su marcha acompasada,
al borde del camino,
al borde de la vida,
al borde de la ciencia,
al borde, siempre al borde.*

*Hay insectos que vuelan
bajo un cielo estival, en una atmósfera
de fuego y dejan en el aire,*

*tensa y sonora
como una flecha invisible, su inquietud.
Y he aquí que estas gayas bestezuelas
—jellas, tan jóvenes!—
osan en su furor iconoclasta
posarse en el testuz, cien veces noble,
y hundir en él el agujijón.*

*El burro blanco agita
su oreja doctoral
y huye el insecto zumbador y todo
es calma y suave luz y polvo ténue
en el camino geométrico.*

*El burro blanco
tiene momentos de jocundo gozo.
Entornando sus ojos opacibles
echa al aire los dientes amarillos,
pierden su seriedad las recias patas
y ampliamente—de oreja a oreja—rie.
¡Pero nadie le ha visto sonreír!*

*¡Oh, burro blanco! ¡Oh, noble
y sesudo animal,
reciamente cargado
de lugres comunes académicos!
Tú llevas sobre el lomo musculoso:
«la santa tradición»,
«el principio del orden»,
«el orgullo satánico
de la razón humana»,
el funesto Voltaire» y «las utopías
engañosas», «entiendo yo, señores...»
«...mas sea de ello lo que quiera...».
«¡El Contrato Social! ¿En qué lenguaje
se redactó el contrato?
¿Quién convocó a los hombres y en qué sitio?».
Todo esto y mucho más llevas encima
sin fatigarte nunca, cual si fuera
liviana paja.*

*¡Oh, noble burro blanco,
sigue tu marcha inacabablemente!
¡Como la estupidez, eres eterno!*

A. TORRE RUIZ

Guía profesional

MEDICOS

DOCTOR CASTAÑO.—Médico dentista. Quintana, 5 y 7.

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones y vías urinarias. Corrales, 10, 2.º

DOCTOR PRIMO GARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina, Sánchez Ruano, 22.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DR. FLORINDO CONDE.—Médico, San Justo, 10.

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujoi, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía. Rúa, 25.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Pasco de Canalejas 7

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugía general. Doctor Riesco, 36.

DOCTOR . y E. SANCHEZ SALCEDO.— medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clínicos. Plaza de la Libertad, 9.

DOCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad. consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sifilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITE VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juan de Sahagún.

DR. DIEZ RODRIGUEZ.—Cirugía. Profesor del Hospital. Meléndez, 36.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecología. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una. Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. FILIBERTO VILLALOBOS.—Rayos X. Plaza de la Libertad.

DR. JOSÉ MÉNDEZ PÉREZ.—Del Hospital de San Juan de Dios. Piel y sifilíticas. Mercado, 54.

DR. SERAFIN GIL.—Médico dentista. Dr. Riesco, 12 y 14.

MATIAS LUDENA.—Especialista en enfermedades de la boca y prótesis dentaria. Plaza Mayor, 10

Señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 21.

D. FLORENCIO MARCOS MARTIN.—García Barrado, A.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Corral de Villaverde.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. MANUEL REYMUNDO TORNERO.—Bajada San Julián, 2.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLOS.—Sánchez Barbero, 19.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal. número, 27.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.

